



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

FANTASÍAS



—Yo creí que me estarías esperando dentro de la horchatería.
—Hija, no me he atrevido á entrar hasta saber si tú traías dinero

SUMARIO

Tanto: De todo un poco, por Luis Taboada.—El eterno femenino, por José Estremera.—Los del orden, por José López Silva.—Crítica de la semana, por Fray Canclis.—Desde Elcario, por José Jackson Veyan.—Carta de Gimésillo de Pasamonte al Rata tercero, por Sinesio Delgado.—¡Buenos vestidos!, por Antonio Sánchez Pérez.—¡A ver! un ordeno y mando!, por Calisto Navarro.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

FRABADOS: Fantasía.—Los que se salen, por Gilla.—Habilillas, por M. Archés.



(DESDE VIGO)

La ciudad va adquiriendo su fisonomía veraniega.

Todos los días arriban á estas playas nuevos y variados forasteros, que se lanzan á la calle en pos de placeres, y lo primero que hacen es preguntar por la tan acreditada casa de baños. En ella se reúne lo más escogido de la sociedad viguesa: las de Chamuñña, la señora de Vigueira, los chicos de Petelos, la viuda de Focifios é hija, y tantas otras personalidades finas de la localidad.

En la casa de baños se respira el aire puro del mar y se habla de todo; del tiempo, del amor, de la moda, del corazón humano y de una dentadura muy hermosa que estrenó hace ocho días un diputado provincial viudo y enamorado.

Aquí cualquiera innovación, por insignificante que parezca, tiene grandísima importancia á los ojos de los vecinos desocupados.

—¿Ha visto usted los dientes nuevos de D. Casimiro?—dice uno.

—Sí—contesta otro.—Ayer se los puso por primera vez para declararse á una forastera.

—¿Se los han hecho en la localidad?

—No, señor; eran de una prima suya que se ha ido de comica á Buenos Aires, y se los dejó como recuerdo.

No hay suceso que pase aquí inadvertido, ni detalle que no se comente, ni noticia que no adquiera caracteres graves.

—¡Picaron!—le dice á usted una de estas señoras que llevan la cuenta de las corbatas que se pone la juventud y de los pitillos que fuman los muchachos viciosos.—Ayer estuvo usted toda la tarde sentado sobre un baúl, hablando con un sacerdote.

—Sí, señora—contesta usted con la mayor naturalidad del mundo.

—Todo se sabe. Le han visto á usted conferenciar con el cura, y él se llevaba las manos á la teja, como quien se admira y duda al propio tiempo, por lo cual hemos sacado en consecuencia que lo de la boda va de veras.

—¿Qué boda?

—Es inútil negarlo. Todo se sabe. ¡Niegue usted que está enamorado de la de Chouchiños!

—Señora, por Dios!

—El jueves estuvo usted en su casa á eso de las ocho y la regaló un frasco de goma líquida.

—No lo niego.

—¿Para qué era aquella goma? Para pegarse el flequillo de la frente; y ésta es una prueba de confianza muy significativa.

—Pero....

—Después pidió usted una taza de anís estrellado, y ella se lo sirvió con mucha amabilidad.

—Sí, señora, porque me dolía el vientre.

—Falso. No negará usted que ella está haciendo una colcha á punto de aguja para casarse, y que ha mandado un vestido al quitamanchas para que se lo tiñan de verde. ¿Qué quiere decir todo esto?

Los más insignificantes detalles adquieren proporciones terribles ante la suspicacia de las gentes, y está tan desarrollado el espíritu de curiosidad entre algunos vecinos, que estrena usted una prenda de lana dulce y le siguen la pista hasta la hora de la muerte.

A lo mejor preguntan:

—¿Por qué no se pone usted aquel chaquet color de rata que estrenó usted en Marzo del 87?

—Porque se ha encogido todo.

—¿Qué lástima! ¡Si pudiera usted echarle una cenefa por abajo!....

¿Qué años de tocarse en vidas ajenas!

Ni los forasteros se libran de la curiosidad de esta gente desocupada.

Oyen decir á una señora forastera en el seno de la confianza que ha tenido un novio rubio con pecas, ó que está casada con un teniente coronel residente en Filipinas, y no paran hasta averiguar si son ciertas estas afirmaciones.

Días pasados una solterona de aquí, que siempre se está metiendo en la vida de los demás, telegrafió á un amigo de la Corte en esta forma:

«Dígame si una señora llamada D.^a Camila, que está aquí tomando baños de chorro con una hija y dos perros, usa abrigo de pieles con pasamanería en invierno, y si tiene abono en el Real, y si es viuda de un brigadier cojo, y si come principio. Contestación pagada.»

La gente se va á Buenos Aires, que es un dolor, y dentro de poco tiempo no va á haber quien are.

Ya andan los propietarios de tierras preocupadísimos, porque ha de llegar un día en que tengan que valerse de sus esposas para los trabajos de la labranza.

Todos emigran henchidos de ilusiones y es muy frecuente oír á alguno que dice:

—¡Ay! ¡Cómo toca el flautín el chico de Carballeira!

Y á otro que añade:

—Es una lástima que viva aquí arrastrando una vida de estrecheces en la Administración subalterna. Con un flautín como el suyo podría labrarse un porvenir en Buenos Aires.

¡Claro! En Buenos Aires «vive todo el mundo», como dicen aquí, y el que sabe hacer compota, y el que imita el relincho de las caballerías, y el que baila la mazurka con elegancia, y el que apaga la luz con el resoplido de las narices, todos se creen en condiciones de pasar el charco y enriquecerse á orillas del Plata en menos de lo que se piensa.

Por eso emigran los hombres á centenares, con perjuicio de las señoritas, que se quedan compuestas y sin novio.

Aun ayer salió para América con su mamá política un chico de aquí, que se ha quedado viudo y va á ver si hace fortuna en cuatro ó cinco meses.

—¿A qué piensa usted dedicarse?—le preguntamos.

—Pienso dar lecciones de gallego á domicilio, y si veo que la cosa va mal, exhibiré á mi suegra vestida de turca en una barraca.

—¿Tiene alguna habilidad?

—Sí, señor: estuvo casada con un titiritero catalán, y la enseñó á tragarse bastones y estopas encendidas.

Continúan los preparativos para las fiestas de la Reconquista. Decididamente no habrá certamen poético ni exposición de hortalizas, porque las lluvias han estropeado las plantaciones. Y este año se ha perdido la cosecha de vates y de repollos.

LUIS TABOADA.

EL ETERNO FEMENINO

Un tiempo en Madrid vivía la encantadora Pilar con bastante economía, pues la pobre no tenía más que un modesto pasar.

Una tarde vió en el Prado á Rosa, muy elegante, con un sombrero encarnado de mil flores adornado y un tancico extravagante.

Y con tal tocado estaba orgullosa á no dudar, pues, complacida, notaba que la gente la miraba y se volvía al pasar.

Por eso Pilar decía con carcajadas burlescas y no poca picardía:

—¡Vaya un gusto que en el día tienen algunas personas!

—¿Qué sombrero! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué adornos! ¡Qué disparate! ¡Y ella! ¡Qué orgullosa val cuando parece que está puesta en un escaparate!

La pobre Pilar seguía en estado miserable cuando, por fortuna, un día le tocó á la lotería un premio considerable.

Cuando con tanto dinero se vió contenta y dichosa, desde casa del lotero se fué á comprar un sombrero como el que llevaba Rosa.

JOSÉ ESTREMEIRA.

LOS DEL ORDEN

—Pero hombre, qué sinvergüenzas son todos estos cochinos de papeles! En seguida que roban en cualquier sitio, á armas breves dos borrachos por unas copas de vino, á descabellan á alguno, á cose por el estilo.

La emprenden con los del Cuerpo de orden público, lo mismo que si uno fuera el borracho ó el ladrón ó el asesino, y esto da gana de....

—Mira, Gutiérrez, tú eres muy chico, y dicho se está que no

y advinó el momento
 en que ocurría,
 y cogió por su cuenta
 cierta mañana
 á las mozas Vicenta,
 Rita y Mariana.
 Niño, piadoso y blando,
 tales razones
 que se iban achicando
 sus corazonas,
 y las tres se sintieron
 tan enamoradas.

que del cuarto salieron
 arrepentidas.

Poco después, furioso
 dijo el venturoso:
 —Ya no soy venturoso,
 ya no hay dinero.
 Mas tres chicas famosas
 ¡ay, desdichadas!
 se han hecho virtuosas.
 ¡Me han arruinado!

José Estraméra.

CONTRA EL CALOR

Queridísima lector:
 Si te atormenta el calor
 con sus rigores impíos,
 sigue estos consejos míos,
 que son cosa superior.

Levántate sin pereza
 cuando la mañana empieza,
 y vece á un lugar sombrío
 á que te caiga el rocío
 encima de la cabeza.

Busca entre arena y raíces
 la linfa marmuradora
 de un arroyo, y sin demora
 zambulle en él tus narices
 por espacio de una hora.

Abandona el sitio agreste
 antes de que el sol te tueste,
 y si á pisar se propasa,
 dile que no se moleste
 hasta que llegues á casa.

Aunque asuste tu figura,
 quítate la vestidura
 y evítate una jaqueca
 cantando vales de Chueca,
 que tienes mucha *frascura*.

Come después ensalada
 y la fruta que tú quieras;
 mas si el *menu* no te agrada,
 entorna bien las maderas
 y no te enteras de nada.

Durmiendo como un lirón
 estáte un rato en la cama;
 pero con la obligación

de soñar con Rusia ó con
 la sierra de Guadarrama.
 A eso del amanecer
 tómate de horchata un chico,
 fíate un baño de placer,
 yendo á secarte á las cer-
 canías del *Abanico*.

Duerme al aire, si te atreves,
 y aun cuando en el pecho lloves
 un corazón muy fagoso,
 no hagas á ninguna el oso
 como no se llame Nieves.

Si te estorba algún amigo,
 ármale á menudo *gracetas*,
 y hazte sólo su enemigo
 para que riña contigo
 y te suelte cuatro *freutas*.

Si aún así no entras en caja,
 introduce el miserable
 termómetro en la linaja,
 y ya verás cómo baja
 de un modo considerable.

Si el termómetro desquicia
 sin obtener resultado,
 haz que te den sin cuidado
 alguna de esas noticias
 que á uno le dejan *helado*.

Si con esto no hallas frío,
 pásate el día en el río;
 y si así no te va bien,
 aguántate, lector mío,
 que yo me aguanto también.

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

MARTINGALICISMOS

(CONCLUSIÓN)

Decía yo, Sr. Martín Galf de toda mi consideración, que el artículo publicado por Sinesio Delgado en su MADRID CÓMICO era mío, si otra cosa no se había convenido ó dado á entender que se convenía; Sinesio es dueño de su periódico, puede reproducir aquel número como todos, pero no puede ponerse á hacer una colección de mis paliques, insertos en su semanario, publicarla y explotarla como propietario. Si fuera propietario así como usted entiende, podría hacer varias cosas que atentarian á mi derecho de escritor y hasta á mi dignidad; por ejemplo, dar al público en ediciones separadas, en colecciones como esa que yo publico, los artículos míos que él quisiera, con tal de haberlos publicado en su periódico, y aun antes, en cuanto me los hubiera pagado.

Es claro que en tales colecciones se escoge lo que se cree menos malo, lo que se juzga digno de reimpression, porque se calcula que puede tener un valor duradero y no sólo el de una fugitiva actualidad; pero el autor es el que tiene derecho á esa selección, según el sentido común del derecho, mas según la teoría de usted, no; el editor del periódico puede publicarle á uno coleccionado, quiera que no quiera, en tomitos aparte, que él venderá muy á su gusto. ¿No ve usted el absurdo de verse publicado á la fuerza dentro del país en que nos amparan las leyes dadas para todos?

Es más, según la teoría de usted y la comparación del sastre, si yo soy el sastre (para usted, el escritor es el sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo), si yo soy el sastre y el editor el que me compra la capa, el comprador podrá hacer de su capa un sayo y de mi artículo lo mismo. ¿No puedo yo cortar la capa y sajar á la calle tan lindo, aunque no me llegue más que al ombligo? Claro que puedo; el sastre no puede protestar. Pues entonces, según usted, el que me compró el artículo podrá cortarlo y recortarlo y ponerle perendengues que invente él, ó usted, que también resulta escritor, ó cualquiera. Más aun, po-

drá intercalar en el texto la teoría del regicidio con algunos consejos prácticos, ó bien recortar y contraer de tal suerte lo que yo haya escrito, que venga á proponerse allí eso, que es lícito matar á los reyes Rufino y Mengano. Bueno, pues se publica eso, y alguno tiene que ir á presidio. ¿Quién? El que firma. ¿Y quién firma? El autor. Pues ese va á presidio. Porque es claro, como siendo firmados por usted, v. gr., los artículos de Matosos no se leerían, supongamos, usted editor (supongamos también, aunque sólo por un momento, no se asuste usted), usted editor se guardará bien de suprimir la firma.

Y sin embargo, si el autor ya nada tiene que ver en su trabajo, ¿por qué la firma? —Pero vamos más lejos; mi artículo era, v. gr., del género erótico, *naturalista*, como dicen algunos, pero no pornográfico; por eso yo le dejé publicarlo. Mas cámbale que uno de esos indecentes especuladores de la lascivia social le pide permiso al editor del periódico para publicar mi artículo alegrillo en una colección asquerosa de parquerías escritas y con grabados bochornosos intercalados en el texto. Y allá voy yo con mi artículo y con mi firma á formar parte de aquel cieno literario, porque al editor del periódico decente en que yo escribía se le antoja revender mi artículo ó regalárselo al coleccionista de escándalos.

¿No comprende el Sr. Martín Galf que su teoría del sastre nos lleva lógicamente á todos estos absurdos? Volviendo al caso por mí propuesto al final del artículo anterior, quedamos en que aquel palique mío puedo publicarlo yo, y no Sinesio Delgado, en un tomo en que colecciono varios trabajos míos. Ese tomo le vendo á Fe, y Fe y yo convenimos siempre, y de esto depende en parte el precio de los libros, en el número de ediciones y ejemplares que puede publicar. Su propiedad no alcanza más que á eso; si después de agotarse esas ediciones y ejemplares yo tengo medio de volver á imprimir aquel tomo, puedo hacerlo, mío es. Y ahora, suponía yo en el ejemplo, taxativamente se *declara* en el contrato, ó lo que sea, que lo que yo vendo es la *propiedad* de mi libro; esto hay que decirlo; si no se dice, no se sobrentiende. Cuando un editor quiere lo que se llama la propiedad de la obra, tiene buen cuidado de explicarlo. Pues bien, á pesar de esto, la ley todavía me autoriza para reimprimir aquel original enajenado en la colección de mis *Obras completas*. Y allí estará aquel *palique* que el Sr. Galf toma por una capa abandonada en la calle y que era, como *res derelicta*, del primero que le echase mano.

Á todo lo anterior yo comprendo que el Sr. Martín Galf, que bien podría llamarse Martín Pescador, puede contestarme:

—Pero, señor, ¿á mí qué me importa que el dueño del artículo sea el autor ó el propietario del periódico... si yo no le pago á nadie, ni al autor ni al propietario del periódico, los artículos que me digno usufructuar?

Confieso que con esta salida me tapa la boca el Sr. Martín Galf. Es verdad; aquello de que el dueño del artículo, según él, es el editor y no el autor, era una opinión como otra cualquiera que el Sr. Martín Galf sustentaba por puro *dilettantismo* y porque en algo se ha de pasar el rato; pero lo serio, lo práctico para él no es nada de eso. Él no paga lo que toma ni á escritores ni editores: ¿qué le importa que el dueño sea quien sea?

Definitivamente, en lo que se apoya el Sr. Martín Galf es en la historia: no soy el primero ni seré el último que emplee este medio de difundir las luces. Tiene razón.

Pero en este supuesto, digamos con Prim: ¡Literatos, á defenderse!

Propongo que se persiga este nuevo *barbarismo*, que si nó afecta á la gramática, afecta á los que más la usan: el martingalicismo.

Y nosotros, los escritores, más ó menos *próceres*, creemos una institución que nos defienda.

Una *Santa Hermandad* es lo que corresponde.

CLARÍN.

BORRADOR DE UNA CARTA

Querido Sinesio: En la calle del Florín encontré ayer tarde el borrador que tengo el gusto de remitirte, por si quiere publicarlo.

Supongo lógicamente que lo habrá perdido algún miembro de la malograda conjera, algüa que pensaba calzarse una dirección, una poltrona, grandes oraces y hasta un título nobiliario.

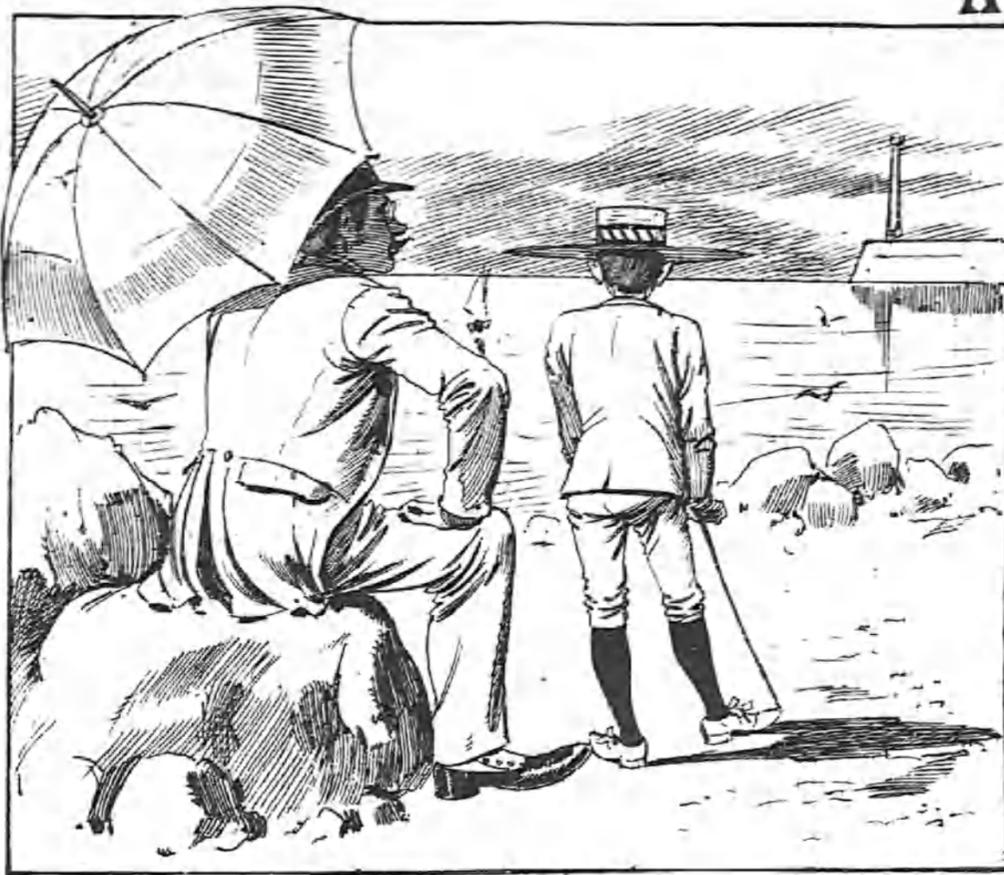
Como usted verá, debe de haberlo escrito en un momento de excitación nerviosa, porque va plegado de errores.

Más que de una racha serena parece obra de *Tropiezos*, el personaje de la célebre zarzuela de Puente y Brañas, titulada *Canto de ángeles*.

Así y todo, es de notar que el autor veía los errores casi al tiempo de incartir en ellos, porque ha corregido muchos.

Lea usted con escrupulosidad y atención, porque el pobre hombre, sobes no escribir bien, tiene mala letra.

A LA ORILLA DEL MAR



—Papá, ¿y por qué se está moviendo siempre el mar?
—Porque si se parara alguna vez, ya no se podrían tomar baños de ola.



—Y digo yo que si el mar fuera de aguardiente, no andaría uno con estas mezquindades de medias copas....



—Me parece que miras demasiado á esa doncella vascongada que sirve la mesa.
—Sí, hija, sí; la miro con admiración.... porque no la entiendo una palabra.



—Á ver si encuentro hoy á aquella condesa de Madrid que ayer me llamó *barbi* y me preguntó que si estaba bien de *guita*.



—¡Qué bien estaríamos los dos, allá lejos, en las soledades del Océano, sin otro testigo que la luna, que es el confidente más discreto!
—¡Claro! ¡Como habrá visto tantas cosas!



—Llevo dos dias echando manchones, y ¡nada! no sale la entonación. Esto no se parece á la roca... ¡ni á Subirá siquiera!



—Oye, Manolo, ¿y no hacían más que esto los pastores de la Arcadia?
—Nada más.
—Pues, hijo, perdían las ocasiones lastimosamente.

Haga usted caso omiso del párrafo anterior, porque resolví enviarle copia del escrito para que lo vea más claro.

Dice así:

«Mi querido Carrillo
Vi un porvenir risueño y venturoso,
una existencia fértil y dichosa.
Era todo alegría, color de rosa....
—perdoname, de rosa.—
Vislumbre direcciones
cercadas de veras
por amistades francas y sinceras,
por amigos del alma apasionados....
y carterías—carterías—
por servicios prestados
jamás recompensados,
y honores, y *convidas*....
—Me equivocué, ¿verdad?—
Soñé que don Mateo, nuevo Atila,
había del *Illin* sido arrojado,
que estaba don Antonio enronizado
y en propinqua potencia
de calmar nuestra gula.
¡Mira tú si soy lial!
—Me rectifico, *lial*,
porque me he equivocado....
¡No! pues no rectifico,
que el sustantivo es propio y adecuado.—
Ya en nuestra antigua casa vi un escudo
y morrion con vi-era hacia la zarda,
un obús, un torpido,
que mi tenaz oposición recuerde.
A Romero *Robusto*....
—Me he equivocado, bledo—
vi también abrazando á *Villaurde*....
—¡Ay, qué barbaridad! ¡Me comí el verde!—
También soñé, Carrillo,
que en mi feudal castillo
podías alojarte
y la persona y bolsa restaurarte.
Mientras esto *soñaba*,
soñé también que, en alto mi persona,
tenía en *perspectiva*
una *poltrina*, digo, una poltrona,
y flotaba entre gasas y pendones
en el mar de mis dulces ilusiones....

.....
Mas ¡ay de mí que el despertar fué horrendo,
terrible, fiero, rudo.
¡En lugar de ir subiendo,
nos estamos cayendo,
pues nos han *conozado*!
En vez de tener cuartos
y esplendoroso brillo
y de lograr el anhelado escudo
en feudal fortaleza....
¡Ca! no vas del castillo
á ser hué-ped ilus:re.
El sino se ha *mutado*,
porque al fin y á la *putre*,
de vejaciones hartos,
¡nos hemos *abismado*
por la *piña* de Martos!

Por la copia,

RAFAEL MARÍA LIERN.

TIPOS MADRILEÑOS

EL NICANOR

Yo nació.... ya no me acuerdo;
¡ni á ustedes ni á mí nos importa!
Me cogió la tía Repulgos,
que era una vieja asquerosa
que echaba cada responso
que encendía la custodia....
y me envió por las calles,
al *aquel* de la limosna,
pa que dijera:—Hermanito,
que tengo á mi madre coja
y á mi padre casi ciego,
sin qué llevarse á la boca.—
Y el día que no entregaba
veinte reales pa la compra,
me ponía la cabeza
lo mismo que una zambomba.
Dimpués me puse á la venta
de papeles y de historias,
y, á fuerza de correr calles
pregona que te pregona,
no sacaba ni pa medio
panecillo y media copa.
¡Aquello era reventante,

como hay Dios! Un día, el *Rosca*
fué y me dijo dice:—Oye,
Nicanor, hay ciertas cosas
que no puén ser. ¡Tú eres hombre!
¡Pus déjate de *panoplas*,
y métete en los negocios
que te den dinero y honra!
El *Rosca* me abrió los ojos,
y dende aquel punto y hora,
vivo como un señorito
y estoy ganando la gloria.
A veces uno anda torpe
y se de cuida, y le embocan
en la cárcel, *por blasfemo*,
y se está un mes á la sombra.
¡Míá que por blasfemo! ¡Vamos
que la disculpa es guasona!
¡Qué digo yo, cabayeros?
Cuatro ó cinco palabrotas,
y na más. Y eso ¡qué tiene!
¡También las dicen, y gordas,
los diputados del Congreso
cuando arman alguna brocca!

Pero eso es una desgracia
que no vale una cebolla.
El caso es que yo me bebo
los vasos que se me antojan,
y si no pago, se achantaran,
y si me chayan, no cobran;
y yo siempre sorrijas
pa dárselas á mi moza,
y un dero en plata á la mano
pa que ninguno me tosa.
Tengo un compadre cantero,
que es una buena persona,
que se pasa todo el año
tomando el sol en la obra,
sin comer más que patatas

y *tomates* y otras cosas
indianas de un calayero,
y me ha dicho:—No te entras,
Nicanor! Que en ese oficio
te e-tá esperando la *lucra*!
Trabaja, que es lo derecho....
Pero yo no estoy pa bromas,
y antes que agantar el cubo,
me echo al pescuezo una sogá.
Porque ¡qué es el hombre! Lá bicho.
¡Y qué es el bicho! Una cosa.
¡Y qué es la cosa! Pus e-oi
Aquí el que no corre.... *naá*,
¡Pus que trabaja el obispo,
que tié dinero de subral

SINISIO DELGADO.

INVENCIÓNES

Los inventos son como las cerezas: salen enredados unos á otros. Basta la averiguación de un principio para derivar de él sinnúmero de consecuencias. El hervor de un puchero dió vida á las poderosas máquinas que arrastran en tierra paradisimos coches y mueven en el mar á los buques, con gran admiración del muchachuelo que decía:

—¡Mira, mamá, una locomotora que está bañándose!

La electricidad es hoy base de muchísimos juguetes, después de haber puesto en comunicación por la palabra á los más apartados continentes y de haber sido utilizada como medio terapéutico. Ahora va á reemplazar en sus funciones al verdugo, y mañana aspirará á resucitar los muertos.

¡Han leído ustedes alguna vez en la *Gaceta* las relaciones de los privilegios concedidos á inventores? Pues no dejen de leerlas siempre que puedan, porque constituyen un entretenimiento tan divertido como ameno.

Privilegio á un sistema de ratoneras perfeccionadas, que al coger á un ratón le obligan á gritar para que se acuda á recogerle y deje el puesto libre á los que vayan despues llegando.

Privilegio á unas cajas de muerto que permiten á éste adoptar todo género de posturas.

Máquina perfeccionada para cortar espárragos y para mondar alcachofas.

Contador de billetes de Banco que los recoge, los dobla, los suma por paquetes de á mil duros y separa desde luego á los que son de dudosa legitimidad.

Preparadoras de *foie gras*: se mete un ganso vivo en el receptáculo de uno de sus extremos, y por una válvula del opuesto van saliendo almohadas de pluma, pepitoria de pechuga y tarritos de *foie gras*, cerrados y con su correspondiente etiqueta.

La oradora, máquina que movida por un pedal, al alcance de los diputados silenciosos, les hace prorrumpir en inspirados discursos.

La misma, con la adición de nuevos órganos que dan origen á *bravos* y *murmillos de aprobación*.

Estos y otros triunfos de la industria moderna no se logran sin perseverantes inventores que consagran á los mismos sus vigilias, su instrucción y sus afanes. Por eso, entre las profesiones modernas figura en puesto muy preferente la de inventor, no siendo extraño que algún padre, mirando la fortuna y el porvenir de sus hijos, diga:

—Á Pepito, el mayor, le crio para concejal, que es oficio lucrativo; á Enriquito, el segundo, para subsecretario, y á Luisito, el pequeño, para inventor.

—¡Hola! Muestra buenas disposiciones....

—¡Ya lo creo! Ayer puso en la puerta de la calle un clavo para que todos los transeuntes fueran enganchan lose en él, y hoy le he sorprendido en la cocina chupando con una pajita hueca toda la sustancia del puchero.

—Es ingenioso.

—También ha inventado una especie de ganzúa con la que nos abre todos los muebles, y una espátula untada de pez con la que nos quita á su madre y á mí todo el dinero que tenemos guardado.

—¡Es el diablo!.... Lo que ahora necesita es inventar algún aparato que le permita huir de los guardias de orden público y de las parejas de la guardia civil.

La industria nos ha dotado de incubadoras de niños y nos facilita numerosos elementos para contribuir al desarrollo físico: dentro de poco tendremos cráneos de quita y pon para colocar nuestro cerebro en comunicación directa con la ilustración moderna; paralizaremos á voluntad la vida orgánica, como se para la marcha de un reloj, y volveremos á darnos cuerda para seguir andando.

veras, con su amor á la libertad, con sus nobles entusiasmos por la independencia, con su pasión irresistible hacia el progreso, aparece en *El tren universal*, en *El Combate* y en *Contrastes*, y en muchas otras que no reproduzco porque en el libro están y allí puede leerlas el que quiera.

Yo solamente me proponía lo que ya he realizado, saludar cariñosamente y con regocijo—como suele saludarse en el campo la aurora de un hermoso día—á dos poetas, muy jóvenes aún, que aparecen en el horizonte de nuestra literatura, y que (el tiempo se encargará de justificar esta profecía, como ya ha justificado otras que hice con la misma fe y con la misma confianza hace bastantes años) brillaran como de los mejores entre los buenos líricos de la generación que nos *desaloja*, y enviar á los dos, juntamente con el saludo y la enhorabuena por lo que han de producir en adelante, un aplauso sincero por lo que ahora han publicado.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

¡A VER: UN ORDENO Y MANDO!

Excelentísimo señor Gobernador de esta villa, en que desagua el Lozoya y en la que el sol nos asfixia: si otras cuestiones más graves de escucharme no le privan, fíjese un poco vucencia en este romance en la, que aunque parezca *chacota*, no es una cosa tan nimia el decoro de la Corte y la paz de las familias, En la calle de Peligros y en la de Sevilla, junto á la de la Victoria, y aun en la de Espoz y Mina, apenas suenan las doce, no hay cristiano que resista las voces, los improperios y las acciones mal vistas que toreros.... en copulo y ruñanes sin cartilla lanzan con voz estridente, haciendo suya la vía. Aquí una *virtud reclusa* retoza con un *colilla*, improvisando unos versos de *rafs* tan expresiva, que tiemblo que los adopte la Academia el mejor día. Más allá, un chulo *abroncao* con bucles de *cortiniya* pone el pie á los transeuntes, con aplauso de la *trinca*, y las señoras se asustan,

los padres se encolerizan, las pollitas enrojecen y los guardias que los miran se ríen como benditos *de las cosas* de las chicas. Pase vucencia una noche sin anunciar su visita, y si le engaña á vucencia, vucencia va y me castiga. Más tarde, á las tres y media, cuando á casa me encamina inveterada costumbre de buscar la cara al día, dan gusto las luminarias que en calles y travesías por mor de entretenimiento enciende.... no se quién diga, pero guardias y serenos podrán darle más noticias. Montones de inmunda paja que en llamaradas rojizas alarman á los vecinos que honradamente transitan sin intención de mirarse *calutados* cual las pipas. Por respeto á las costumbres que tanto ya nos critican, trate vucencia, si puede, por hacer que se corrijan estos abusos sin nombre, que asustan y escandalizan.

Excelentísimo señor

Gobernador de esta villa, donde el Lozoya desagua y Febo nos carboniza.

CALIXTO NAVARRO.



El Ayuntamiento de Sevilla, que por lo visto no tiene nada que hacer, ha dirigido un mensaje á Su Santidad León XIII invitándole á fijar su residencia á la orilla del Guadalquivir, caso de que se decidiera á abandonar la del Tíber.

Tendrá que oír lo que digan del susodicho Ayuntamiento los propios sevillanos.

Lo menos que le llaman es *guasa viva*.

—Me robaron el reloj,
yo no sé cómo sería
—Pero ¿usted no lo sintió?
—Y lo siento todavía!

—¿Cómo es eso! ¿Te has cansado
de hablar ya con el marqués?
—No, chico.

—Pues no comprendo....
—Es que se ha cansado él.

MIGUEL TOLEDANO.

Ya sabrán ustedes por los apreciables cronistas que se dedican á.... en fin, á eso, que han salido ó saldrán de Madrid la Duquesa de Almodóvar,

la Marquesa de Tavera, los Condes de Heredia Spínola, la Sra. Viuda de Larios, los Marqueses de la Laguna.... Y ya saben ustedes, porque lo dijimos en el número anterior, que ha salido el Sr. Gutiérrez.

Y vaya de grandeza:

Ha presentado la dimisión del cargo que ejercía en Palacio el Sr. Duque de Sesto.

¡Gracias á Dios, caramba!

Siguen dando juego las 40.000 latas de petróleo introducidas sin pagar derechos.

Si se tratara de un matutero de los que traen y llevan vejigas de aceite, ya le habrían pegado un tiro á estas horas.

¡Pero, demonio! ¡Cuarenta mil latas! ¡Y á tres duros y medio cada una!...

Á las doce de la noche
abrió los ojos mi niña,
y el sol despertó asustado,
creyendo que era de día.

Quando tú te cases,
de camino le dices al cura
que venga á enterrarme.

EDUARDO GARLÍA.

Leo:

«El Sr. Obispo de Cartagena se encuentra en Madrid.»

¡Hombre! ¡Y no haberle yo visto!

Ahora resulta que á Cánovas, por ser él quien es, le toman declaración en su propia casa los magistrados del Tribunal Supremo.

Y á mí no viene á visitarme un triste recaudador para traerme la cédula.

Verdad es que luego me cobran el recargo.

Gracias ¡oh! gracias, Sr. Director general de Correos. Usted dirá.—¿Por qué me dará las gracias este chico? Y yo contestaré:

—Pues qué, ¿le parece á usted poco que esta semana no se haya perdido más que el paquete de Ciudad Real?

—¿Quieres que te lleve, Inés,
á dar un paseo en coche?
—Con mucho gusto.... después
de las doce de la noche.
—¡Olé ya por mi pareja!
Pero es tarde.

—Sí, señor,
pero es que antes no me deja
salir el Gobernador.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

K. K. Seno.—Muy linda composición, pero aún quedan suscritores que tiemblan por los horrores de la santa Inquisición.

Un cesante y su secretario.—¡Bonita plana para ponerla un marco! ¡Qué hermosa letra tienen ustedes! Pero ¡guay de la medida de los versos!

Pepe Tarumba.—Tiene repiquitísima gracia, y el estilo es algo y aun algo pedestre.

Santigua.—Ambas son flojas. *Ainda* se le escapan á usted algunos versos como el de «que es muy rico y muy gordo» que.... en fin, que cojean algo. Y se les nota.

Sr. D. D. G.—Sevilla.—Está escrito con poca soltura, vamos á decir, que son forzados casi todos los versos.

Y.—Mire usted qué cosas hace el diablo! No me gusta, si he de ser franco, ninguna de esas composiciones.

Sr. D. S. I.—San Sebastián.—Como el asunto es bastante vulgar y no vale la pena, resulta la poesía esa más pesada que el plomo.

Galán.—¡Cielos divinos! Esas antiguallas no tienen gracia ahora, ni la tenían cuando eran novedades.

Sr. D. V. S.—Fuentes de Galoca.—Se recibió.

Soy Cidre Sed.—Pues.... verá usted. Hay algunas personas que no tienen idea de la rima, ni saben de fijo lo que son consonantes, en fin, que no entienden una palabra del oficio este. Y entre esas personas tiene usted el honor de contarse.

T. L. Maco.—Con decir que el Supremo Hacedor comprendería lo que ha querido usted decir....

Sr. D. A. G.—¿Otra vez á Peral? ¡Y acróstico! Pues señor, es de sentir que salgan bien las pruebas del submarino.

Marcos de Obregón.—Mi querido escudero:
hablar del arroyuelo, las odinas,
los pájaros, la fuente y el otero....
es lo mismo que hablar de las vecinas.

HABLILLAS



—Ella fué que el Pelote se metió en el cuarto, ¿sabe usted? que vino Epifanio, que hubo bronca, y que entre el marido y el otro la zuraron á ella, ¿sabe usted?

ANUNCIOS

TIT. V. FAUER.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene:

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTEA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELRADO

DISUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LEPOETA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS —A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.